

Cansanello, C. 2019. La carrera de Historia en la UNLu. *Red Sociales, Revista del Departamento de Ciencias Sociales*, Vol. 06 N° 01: 05-12.

LA CARRERA DE HISTORIA EN LA UNLu

Carlos Cansanello

Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Luján
ocansanello@gmail.com

RESUMEN

Memoria y relato que, a modo de testimonio, repasa los comienzos de la carrera de Historia en la UNLu a partir de la reapertura dispuesta por el Presidente Raul Alfonsín, tras la cruenta dictadura que se instaló en Argentina el 24 de marzo de 1976.

Palabras claves: Historia, democracia, reapertura, reparación, identidad.

THE CAREER OF HISTORY IN THE UNLU

ABSTRACT

Memory and story that, as a testimony, reviews the beginnings of the career of History in the UNLu from the reopening arranged by President Raul Alfonsín, after the bloody dictatorship that was installed in Argentina on March 24, 1976.

Keywords: History, democracy, reopening, repair, identity.

Introducción

“Hacía tantos años que no alzaba la cara, que me olvidé del cielo”

(Pedro Páramo, Juan Rulfo 1955)

La carrera de Historia se inició en 1985, meses después de la reapertura de la UNLu ordenada por presidente Raúl Alfonsín en 1984, tras el retorno a la vida en democracia.

El cierre de la UNLu dispuesto por la dictadura militar en el año 1979, habría de dejar una huella traumática y persistente que demoraría décadas en desaparecer. El avasallamiento cruel de la autonomía y la presión ejercida por el gobierno de facto sobre docentes y alumnos, fue vivido como una violencia innecesaria, vejatoria e injustificada. Con la reapertura, se impuso la tarea de recuperar todo aquello que ya no estaba: materiales, laboratorios, alumnos y la sociabilidad, la vida cotidiana en las aulas y en las oficinas. Por entonces no había lugar para la resignación, tampoco para el perdón. Aunque la recuperación democrática, sanadora por cierto, abría un lugar para la esperanza.

En ese contexto de ilusiones democráticas, con reclamos de justicia y reparación frente al horror develado por el informe de la CONADEP (1984), quiero pensar que con el “Nunca Más” nació la carrera de Historia. Hubo que sumar voluntades para demorar el olvido en una democracia acosada por el poder militar en retirada. Hubo que pelear el conocimiento del pasado inmediato, construir su historia –memoria y justicia- para enraizar el futuro.

Fue entonces que Haydée Gorostegui, impulsó dentro del Departamento de Ciencias Sociales la creación del profesorado y la licenciatura en Historia y fue la primera jefa de la división Historia. Por decisión de Haydée el primer plan de estudios tuvo una interesante mirada puesta en la Historia Argentina y en problemáticas sociopolíticas de Iberoamérica. Una decisión novedosa por cierto a contramano de los planes universitarios por entonces vigentes. Sin embargo, nunca se pudo validar el plan inicial que años más tarde hubo que cambiar para adecuarlo a la normativa del Ministerio Nacional de Educación. Acompañaron a Gorostegui desde el inicio de la carrera, José Luis Moreno, Daniel Santamaría y Fernando Devoto.

Por qué historia latinoamericana si Gorostegui estaba formada en el campo temático de la Historia Social y Moreno en la huella intelectual de Gino Germani, aunque con marcada inclinación por los estudios históricos.

En la segunda parte de la década de 1950, se había iniciado un movimiento intelectual que tomaba como objeto de estudio a la sociedad como un cuerpo complejo en transformación constante. Teorías sociológicas y socioeconómicas desde el funcionalismo al marxismo, modelos para analizar comportamientos políticos y problemáticas sociales

urbanas, anomía, alienación o marginalidad a modo de ejemplo, disputaban escenario con las teorías económicas. Fue así que la inclusión de la temporalidad en los estudios de las sociedades urbanas convocó a los economistas tanto como a sociólogos e historiadores. Se produjo entonces una innovación del “hacer” en Historia, una transformación disciplinar impulsada por el auge de la denominada Historia Social (en la UBA: José L. Romero, Reyna Pastor y Tulio Halperín, con ellos Gorostegui y Ernesto Laclau).

El marco sociopolítico en la Post Guerra Mundial

Una etapa, la que se vivió en los años 50 del siglo pasado, cuya característica saliente fue el optimismo expresado en los medios de prensa latinoamericanos por políticos, empresarios y no pocos economistas que aspiraban a conducir procesos locales de desarrollo.

La sociología política, la economía y numerosas publicaciones dedicadas al dinamismo de los mercados y a la actividad financiera y empresarial, daban cuenta del que fue un ilusorio porvenir. En plena guerra fría, el triunfo de Occidente (hemisferio norte) abrió las puertas a una confianza en el futuro hasta entonces desconocida. Tras la guerra mundial, la perspectiva de aplicar nuevas tecnologías en la producción de bienes, la hegemonía del dólar y la expansión del capital, daban lugar a la ilusión de crecimiento sostenido y prolongada estabilidad de los regímenes políticos.

Estaba por entonces en funcionamiento la CEPAL (1948), una de las cinco comisiones regionales de las Naciones Unidas con sede en Chile. Creada para contribuir al desarrollo económico de América Latina, coordinar acciones encaminadas a su promoción y facilitar relaciones económicas con otras naciones del mundo. Resultando de tanta actividad que la “teoría del desarrollo” pegara muy fuerte en Latinoamérica durante las primeras décadas de la “Guerra fría”. Se trataba de una teoría macroeconómica que ponía el acento en los continuos aumentos de productividad del factor trabajo, la modernización del modelo productivo y la distribución del producto social. Teoría planteada en dos fases: una aplicada a los mecanismos de crecimiento y otra, que aquí nos interesa en particular, ajustaba el modelo de desarrollo a las características históricas de la base productiva de origen en cada país latinoamericano.

Al tiempo que los EEUU se ocupaban de abastecer a Europa, en un fenomenal programa de asistencia para los países que no estaban bajo la órbita soviética (norte- norte), consolidaban su dominio sobre el espacio Atlántico sin dejar de intervenir en el continente americano y, mientras mantenían tropas en Alemania se embarcaban en la guerra de Corea.

En ese tiempo Latinoamérica podía sortear con suerte dispar las presiones económicas y políticas de los norteamericanos. Fueron años en los que no pocos países al sur del Río Bravo pretendieron recorrer caminos hacia el “desarrollo”. De donde la palabra

desarrollo se transformó en concepto, en un modelo con fuerte carga ideológica. Razón por la cual, en la segunda parte de la década de 1950 se produjo un notable intercambio de ideas en torno a las posibilidades de alcanzar un desarrollo económico sostenido.

En aquellos países en los que se había dado un crecimiento de la industria sustitutiva y cierta acumulación de capital durante los conflictos bélicos europeos, como en México, Brasil y Argentina, se discutía con mayor empeño sobre la mejor vía hacia el desarrollo. No obstante, otras vertientes de la polémica que generó la aceptación crítica de la expansión del capitalismo durante la postguerra, desembocarían en la discusión sobre las causas estructurales del subdesarrollo y de la dependencia.

Buena parte de la intelectualidad latinoamericana se había impuesto un modo de interpretar la realidad social y económica hasta cierto punto expectante y esperanzado. Pero la expectación habría de durar poco e iría disminuyendo a partir del Acuerdo de Armisticio de Corea (1953); desde ese momento la atención norteamericana se posó sobre Latinoamérica y la violenta diplomacia de los marines dejó expuestas la crueldad material y la materialidad del atropello con su invasión a Guatemala (1953/1954), también con el desembarco de asesores militares en Nicaragua para sostener al dictador Anastasio Somoza. Son solo un par de ejemplos que ilustran sobre la voluntad de dominio que impulsaba al gobierno norteamericano. El resto de los países latinoamericanos fueron objeto de coerción política, ahogo financiero, injerencia diplomática y subordinación militar. La presión ejercida durante esta década de 1950, influiría de manera directa o indirecta en las caídas de gobiernos legalmente elegidos y con fuerte apoyo popular.

En Argentina, depuesto el Presidente Perón por el golpe de las FFAA (1955) y una vez agotado el tiempo de la dictadura militar que lo reemplazó de facto, grupos de empresarios y políticos pergeñaron un proyecto desarrollista. Percibían un futuro promisorio e ingenuo a la vez, que no dejaba de ilusionar a los sectores concentrados de la economía nativa, a las burguesías agrarias, al sector industrial que atendía la demanda del mercado interno y al sector financiero para que estimulara la radicación de capitales externos y mejorara la relación con los EEUU. Un conjunto de medidas que finalmente fortalecería a los mandos militares alineados en la llamada causa de Occidente.

Para entonces, las grandes aglomeraciones urbanas presentadas como un logro del capitalismo eran escenarios de la organización de los trabajadores y espacios amplificadores de sus reclamos y movilizaciones. Finalmente, aunque el cine, las radios y los medios escritos expresaban renovada confianza en la virtud democrática de EEUU, el Caribe se convulsionaba con su ilusión de arribar a puertos de igualdad socialista. La década cerró con el triunfo de la Revolución en Cuba (1959).

Un año antes (1958), con la fantasía de que las burguesías locales conducirían el proceso de despegue, Arturo Frondizi asumía como presidente. Las repercusiones de este

hecho político en el ámbito universitario fueron poderosas. Risieri Frondizi, hermano del presidente de la República y rector de la UBA, impulsó un profundo cambio de paradigmas científicos que destacó en el campo de las matemáticas, las ingenierías y la física. Prevalecía el valor de la actividad científica en sí, la apoliticidad de las disciplinas duras en los laboratorios y claustros.

Una voz disonante y comprometida se alzó por el sentido y valor de la investigación académica; Oscar Varsavsky –entre otros-, proponía un modelo de “científico rebelde”. Más que un acto de fe, la actitud rebelde abrevaba en un fuerte compromiso con la sociedad y con su destino político.

En nombre de “cientificismo” el futuro se había anunciado promisorio, pero semejante meta obligaba permanentemente a revisar el pasado inmediato y a resignificar ese presente acosado por acción autoritaria y dictatorial de los militares. El pensamiento crítico ganó especial lugar en los campos temáticos de la Sociología y la Historia.

El 29 de marzo de 1962, Arturo Frondizi fue detenido y obligado a renunciar por orden de los jefes militares de las tres armas. Le sucedió en el cargo el vicepresidente José M. Guido que terminó el período gubernamental.

El año 1963 asumió Arturo Illia, que fue depuesto por los militares 3 años más tarde. A fines de la década del sesenta las dictaduras militares habían terminado por aniquilar cualquier ilusión de dar un salto hacia el crecimiento sostenido. La etapa que había iniciado el gobierno de Arturo Frondizi (1958), fue desnudando la vulnerabilidad del proyecto desarrollista, la debilidad de la democracia y la voluntad totalitaria de los altos mandos de las FFAA.

El universo político e intelectual de los años sesenta

La década del 60, transcurrió entre golpes militares, derrocamiento de gobiernos constitucionales, crisis económica, estancamiento y deterioro de la vida social. La supresión de la democracia representativa en Argentina por decisión de J. C. Onganía (1966), el carácter atípico que imprimió a su gobierno dictatorial, el reemplazo de los partidos políticos, la prohibición del peronismo y los conflictos laborales hicieron que la violencia política ganara las calles. Entre el golpe militar que destituyó al presidente Humberto Illia y el regreso de Juan D Perón (1972), crecieron movimientos de resistencia popular y se fortalecieron las organizaciones gremiales y políticas. En el campo universitario y en la ensayística sociopolítica se multiplicaban trabajos dedicados a explicar el peronismo, la irrupción de los militares en la política, la historia de la agremiación obrera y la deriva de los partidos políticos.

Mientras tanto se sucedían las luchas de liberación en África y en el sudeste asiático; Rusia y China enfrentadas por sus opciones estratégicas en la elección de caminos hacia el comunismo. Sartre y Camus, distanciados por la batalla de Argelia; en tanto que las escenas desgarradoras del napalm arrojado sobre Vietnam ganaban espacio en diarios y revistas periódicas.

Al tiempo que crujían los dominios coloniales, al tiempo en que Asia y África rugían, Latinoamérica se debatía entre democracias efímeras, golpes militares, dictadores y guerrillas. Fidel Castro y el Che Guevara imprimían identidad a los grupos políticos y a las organizaciones obreras, mientras que germinaban múltiples maneras de leer significados en la Revolución cubana, J W Cooke y Leopoldo Marechal fueron un ejemplo entre tantos. Ambos dejaron sus impresiones escritas, disímiles o discordantes pero ricas en imaginarios y valores que reflejaban la proyección de una tormenta política, de una cuestión visceral o de la razón revolucionaria en su laberinto.

Corría el año de 1965, seis años pasados de la Revolución cubana cuando André G. Frank y Rodolfo Puiggrós, ambos docentes de la UNAM (México), se enfrascaron en una discusión que se enmarcó en el sistema imaginado por Marx de modos de producción. Eran objeto del debate los regímenes heredados de la dominación española en América y también de la portuguesa en Brasil. Una lectura estructurada en el modelo marxista con la mirada puesta en el tránsito del feudalismo al capitalismo, en las condiciones naturales de origen, en las heredadas de la dominación colonial y en los posteriores vínculos con el capital internacional. En síntesis, el modo en que se habrían configurado las denominadas raíces del atraso.

Un debate sobre emprender el camino hacia el socialismo o desarrollarse en el capitalismo, opción ésta que se juzgaba como una clara abdicación en el amplio universo político/intelectual de la izquierda. Porque implicaba aceptar las condiciones imperialistas que se imponían a las economías dependientes.

La discusión sobre las posibilidades del desarrollo parecía correrse del panel de favoritos cuando se conoció el debate en Buenos Aires, primero a través de una nota del propio Puiggrós (1966). Pero he aquí la inesperada consecuencia del debate en el ámbito de la Historia académica.

La hipótesis sobre la crisis del capitalismo mundial y América latina de André Gunder Frank, no solo generó una respuesta de Rodolfo Puiggrós, sino que obligó a tomar posición a un amplio arco de intelectuales de las ciencias sociales. El debate, ganó lugar en los claustros universitarios y sirvió para interrogar el horizonte de la Historia académica (saber disciplinar). Un imaginario de cambio inevitable, de salto hacia adelante o retorno al atraso, actuó también a modo de incentivo entre historiadores. La cuestión de los orígenes, los pobladores precolombinos y sus culturas, las características generales del dominio

español o del portugués. Los diferentes tipos de explotación minera y como era de esperar el modo de producción.

Una gran pregunta sobre el dominio español y el portugués; sobre la Iglesia en América, el clero secular y las órdenes religiosas. Se pensó entonces en las raíces de la nacionalidad en tiempos de la ruptura de lazos coloniales. Se imaginó -por vez primera- una lectura “hispanoamericanista”, esa fue la palabra que se usó en el plan de una materia introductoria en Filosofía y Letras cuyo título era “Historia de las luchas populares por la liberación” (1972/1973).

Tal vez se pueda coincidir en que era voluntad de una multifacética representación de jóvenes en un momento de crisis y violencia política. Concreto es, que la movilización de jóvenes docentes y graduados nucleados en la que se llamó Asamblea de Historia, impulsó la modificación del plan de estudios de la carrera en el año 1973.

Ahora bien, un par de años antes Haydee Gorostegui y José Luis Moreno, se preocupaban por ofrecer seminarios sobre historia social y económica “Latinoamericana”.

Por otra parte, desde el año 1972, Gorostegui dirigía una colección en el Centro Editor de América Latina, “Historia Integral Argentina”, que tuvo notable difusión por la amplitud de opiniones y la calidad que alcanzaron las colaboraciones. La acompañaban en esa tarea Ricardo Figueiras y Fernando Devoto. Contó también con el saber y la experiencia de Elena Chiozza, quien después creó la carrera de Geografía en el Departamento de Ciencias Sociales de la UNLu.

Cabe una tardía explicación sobre los motivos que impulsaban a forzar el cambio de Plan en Filosofía y Letras. El plan que fue reemplazado exigía aprobar tres niveles de latín y uno de griego o a la inversa. Además, tres niveles de lengua inglesa o francesa a elección, que podían reemplazarse por otra lengua europea. Hasta aquí se puede considerar que no había motivos válidos para modificar el plan. Pero cómo se veía entonces la cuestión: Historia Clásica, Medieval, España, Oriente o Contemporánea, que se dictaban con un notable nivel de exigencia, llevaban el agregado de los niveles de lengua arriba mencionados. Mientras que la formación en Historia Argentina y latinoamericana era menor, no por el nivel en que fueron dictadas, sino por la cantidad de materias asignadas a la formación: una materia de Historia de América a elegir entre tres períodos – 1 colonial; 2 independiente y 3 contemporánea.

Historia Argentina en igual condición, había que elegir una cursada entre tres y era suficiente con ello. A esto se sumaba un par de seminarios optativos.

Conclusión

Es innegable que Haydée Gorostegui, recibió una gran influencia de la Historia social y económica, eso no ha querido ser puesto en discusión en esta brevísima memoria. En todo caso solamente fueron recordadas las circunstancias y momentos políticos en que desarrolló parte de su vida profesional. En un mundo que se movía más allá de nuestras voluntades, de nuestros deseos y preferencias políticas.